

## Introducción

El lector tiene entre sus manos la tercera edición de la obra principal de Ricardo Yepes, fallecido por un accidente en el momento más creativo de su breve pero intensa carrera filosófica. Las diferencias con las dos anteriores son notables. Por un lado, aparece mi nombre junto al del profesor Yepes. Por otro, como se puede comprobar con una rápida comparación con las otras dos ediciones, el texto ha cambiado mucho: menos páginas, una redacción diferente, cosas añadidas y otras quitadas. La necesidad de mejorar su texto original es un asunto del que Ricardo Yepes y yo habíamos hablado con frecuencia. Ambos nos dábamos cuenta de que había muchos pasajes que necesitaban una corrección de estilo: el libro había sido escrito auténticamente contra reloj y se notaba en la abundancia de repeticiones, en una cierta falta de hilo conductor o en un uso un tanto barroco del vocabulario. Además, el contenido de alguno de los puntos tratados parecía insuficiente o exigía una clara transformación, ya que podía resultar confuso. Así las cosas, he intentado seguir las indicaciones de Ricardo Yepes, aunque desde mi propio estilo. Quizá él no estuviera de acuerdo en todas las correcciones y cambios que he introducido. Sí que lo estaría, en cambio, en la tesis que anima de fondo a este trabajo: las obras humanas son siempre mejorables, lo propio de la filosofía (como de la ética) es siempre *prosequir*, crecer, no detenerse. Eso es lo que he procurado en estas páginas.

El curso de Fundamentos de Antropología a que responde este libro tiene un total de diecisiete lecciones. A pesar de su variedad temática, guardan entre sí una indudable unidad. Su finalidad primera es de tipo docente y va dirigido a estudiantes que no son profesionales de la filosofía: se trata de dar una fundamentación inicial sobre el hombre. La temática elegida y el modo de exponerla no guarda excesiva conformidad con los tratados más habituales de esta materia. Se ofrece aquí una visión personalista del hombre, de inspiración clásica, con cierto

afán interdisciplinar y referida a la experiencia de la vida contemporánea. Hablaremos no sólo de las facultades humanas, sino también de sus actos y de las acciones consiguientes a ellos. Por eso se dedican sólo los dos primeros capítulos a lo que podríamos llamar psicología humana y se pasa enseguida a tratar de la persona y al estudio del comportamiento dinámico del hombre. Es decir, el objetivo no se reduce a un estudio de lo que el hombre es desde un punto de vista ontológico. Nos interesan también las preguntas sobre el sentido (el «para qué») de las acciones humanas. La filosofía no sólo estudia lo profundo, sino también la *finalidad*, la razón de ser de las cosas. Finalmente, hay que estudiar los ciclos temporales de la persona humana incluyendo los asuntos del dolor y de la muerte, marco de referencia final en las cuestiones sobre el sentido.

La filosofía debe buscar más la verdad que la originalidad. Por eso mismo este libro no dice nada sustancialmente nuevo, ya que la novedad no es una categoría determinante para el pensamiento (e incluso acaba resultando sospechosa). Se ha pretendido reunir lo que muchos otros han dicho. Por eso mismo, y por evitar una extensión mayor, en las anteriores ediciones se dejaba de lado el planteamiento detallado de muchos asuntos que son objeto de debate en ámbitos académicos. Se trataba de presentar de una manera sintética, seguramente a veces demasiado sumaria o simple, algunas verdades básicas acerca del hombre. En esta tercera edición se ha intentado —siguiendo una sugerencia de Ricardo Yepes— corregir algunas de esas exposiciones procurando concentrar y ordenar mejor la materia, al tiempo que enriquecer el texto con ejemplos que han sido útiles en mi experiencia docente.

Para ello he procurado simplificar al máximo las notas a pie de página. Si en las ediciones anteriores se indicaba que su lectura era prescindible, en ésta he optado por dejar en la mayoría de los casos solamente las referencias bibliográficas. También se han eliminado las frecuentes referencias internas que aparecían en las otras dos ediciones. Me parecía que dificultaban la lectura y que el índice podía cumplir perfectamente con la misión de informar acerca de los contenidos del libro.

El libro pretende aproximarse a una realidad demasiado rica para ser abordada por entero. Como ya he señalado, estos *Fundamentos de Antropología* no son estrictamente un tratado de Antropología Filosófica. Primero porque nos parece que ésa sería tarea para el final de una vida académica, y no para su comienzo (mi caso) o el inicio de su madurez (Yepes). Y después, porque se han querido primar las actitudes vitales frente a lo puramente abstracto. Las situaciones vitales son las que alimentan de continuo la reflexión del hombre sobre sí mismo, y las que reclaman su atención, puesto que desde ellas se configura la vida real de cada hombre. Se trata, en palabras de Plessner<sup>1</sup>, de «comprender al hombre como

1. H. PLESSNER, *La risa y el llanto*, Revista de Occidente, Madrid, 1962, 20. Para una explicación de la comprensión metódica de la esencia humana que aquí se adopta, cfr. *ibíd.*, 13-33.

realidad viviente, o, lo que viene a ser lo mismo, aprender a ver al hombre con sus propios ojos». Nuestra opción metodológica ha consistido en preferir un conjunto quizá demasiado amplio de unidades temáticas, esquematizadas pero coherentes, antes que el desarrollo acotado de un número restringido de asuntos más propios de especialistas en filosofía.

La amplitud del texto puede causar desánimos iniciales, a no ser que se caiga en la cuenta de que son posibles las lecturas parciales. He pretendido que las diferentes secciones formen unidades autónomas, de modo que cada una pueda ser leída independientemente de las demás. De todos modos, conviene señalar que el corazón del libro se encuentra en los capítulos 3-8. Es en ellos donde exponemos las nociones que caracterizan al resto del texto, y los que dan el punto de vista propio de Ricardo Yepes en antropología: una propuesta de carácter personalista que no desdeña las argumentaciones filosóficas de fondo. Aunque coincidimos en muchos puntos, mi modo de exponer los principios de la benevolencia, la verdad, la libertad o la sexualidad habría sido distinto. De todas formas, lo que aquí se presenta me parece muy válido y sugerente.

El *personalismo* asumido por Yepes se aleja de los planteamientos positivistas al uso en sociología y ciencias experimentales. Cierta justificación de este personalismo está hecha en el texto, y quizá sea capaz de imponerse por sí misma. Para asumirlo, basta comprobar que es más humano que la fría ciencia, más intuitivo que la lógica abstracta y, por eso, probablemente más verdadero. La intención era la de acercarse al hombre y al mundo no como a algo que ha de ser dominado, sino que puede ser comprendido. Y es que el hombre es una realidad tan rica que sólo se puede conocer a base de mirarla desde distintos ángulos, tratando de relacionar entre sí esa abundancia de rasgos diversos.

A juicio de Yepes, una de las consecuencias más relevantes del planteamiento personalista es la importancia que en él adquiere *el carácter dialógico de la persona*. Las relaciones interpersonales ocupan en este libro un lugar fundamental, y toman su inspiración de pensadores que entroncan con la fenomenología personalista (Ch. Taylor, E. Lévinas, M. Buber), para la que la ciencia filosófica del hombre tiene un objeto central: «el hombre con el hombre», el yo con el tú, el «estar-dos-en-recíproca-presencia»<sup>2</sup>. La antropología dialógica abandona la soledad metódica del pensador racionalista. Precisamente por eso la perspectiva clásica es otra de las fuentes de inspiración de cuanto aquí se trata. Platón, Aristóteles y Tomás de Aquino son quizá los autores que más han aportado a la elaboración de este libro: subirse a hombros de gigantes siempre da la posibilidad de mirar más a lo lejos.

2. M. BUBER, *¿Qué es el hombre?*, Fondo de Cultura Económico, México 1960, 150-151.

Una de las consecuencias de esta inspiración clásica es el deseo de situarse en una órbita antropológica no dualista. Esta separación entre naturaleza y libertad es la clave predominante que se adopta para interpretar la modernidad y para resaltar el cambio de paradigma que ha introducido el siglo XX al superar esa dicotomía, tanto en el terreno del pensamiento como en la propia dinámica de la cultura.

¿Tenemos entre las manos un libro demasiado optimista respecto del hombre y, en consecuencia, demasiado simple? El subtítulo original de la obra (*Un ideal de la excelencia humana*) señala el corazón de la visión de Yepes: si el hombre no está hecho para crecer, para mejorar, entonces el saber antropológico (y el saber en general) se convierte en algo banal o, lo que es peor, en un medio de aplicación de la fuerza interesada. De hecho, como se podrá comprobar a lo largo del texto, la negación de este optimista cierra el horizonte humano en la utilidad, el interés o la pasión. La distinción es aristotélica, mas la respuesta urgente: ¿somos capaces de ejercitar acciones benevolentes?, ¿podemos vivir en la excelencia? Entonces tiene sentido hablar de libertad, felicidad, amor. Si la respuesta es negativa, lo mejor sería hacerse con el control de la sociedad a cualquier precio, o ponerse a temblar ante la llegada de tiempos difíciles.

Es necesario añadir una última observación, realmente importante. Se refiere a la relación entre este libro y la ética. Como ya he señalado, para tener un conocimiento cabal de lo humano, es necesario mostrar qué es el hombre a la luz de lo que puede llegar a ser. En nuestros días, la vigencia del fin en la visión del mundo se ha debilitado en extremo. Es urgente recuperarla pues sin fin no hay sentido (¿para qué hacemos las cosas?, ¿para qué hay que elegir, a menudo, las opciones más difíciles?, etc.). Sin embargo, el hombre siempre anda a la busca del sentido, pues no cesa de hacerse preguntas y su felicidad depende de las respuestas que logre. Preguntarse es hacerlo por el fin; y el fin nos indica hacia dónde *debemos* dirigir nuestra acción práctica, nuestra vida. No cabe quedarse quieto, conformarse con el *ser*. El *deber ser* es una exigencia de todo hombre (aunque la modernidad —desde Maquiavelo— no lo ha entendido así). Ésa es la respuesta que debe ofrecer la ética. La antropología necesita de ella para saber de sí, pero la ética tiene la exigencia de saber quiénes somos. A fin de cuentas, las dos materias se unen.

En el capítulo de agradecimientos es necesario señalar en primer lugar al propio Ricardo Yepes: su amistad, y su ayuda en los primeros momentos de mi tarea universitaria fueron dones que nunca podrán ser retribuidos. Quizá es gracias a la confianza que me otorgó desde el primer momento de nuestra colaboración en el curso 1995-1996, por lo que me he atrevido a llevar a cabo la tarea de remodelar este libro. Ángel Luis González, Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Navarra, es quien más directamente me ha animado a emprender esta labor, con el genuino respeto a la libertad de acción y el rigor en el

trabajo que le caracteriza. Alejandro Llano, Pedro Rodríguez, José Luis Illanes y Leonardo Polo, son algunas de las personas a las que Ricardo nombraba en la Introducción de las primeras ediciones de esta obra y es de justicia volver a nombrarlas. Cito al inicio de algunos capítulos los nombres de personas que me hicieron importantes sugerencias cara a la revisión final del texto. A ellos, y a otros amigos del claustro de profesores de la Universidad de Navarra, mi más sincero agradecimiento.

JAVIER ARANGUREN  
Pamplona, 11 de agosto de 1998